



www.loqueleo.es

© De los textos:

2021, Daniel Hernández Chambers, Roberto Santiago, Patricia García-Rojo, Gonzalo Moure, Carmen Pacheco, Margarita García Gallardo, Mónica Rodríguez, Pepe Maestro, Manuel Jesús Rodríguez, Jesús Díez, Santiago García-Clairac, Ricardo Gómez.

© De esta edición:

2022, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-414-3

Depósito legal: M-2990-2022

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: junio de 2022

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LA CALLE DE LAS DOCE LUNAS

Relatos lunáticos a pie de calle

VV. AA.

loqueleg





Prólogo

Calle de las Doce Lunas

La calle de las Doce Lunas es la calle principal del barrio del Trasagro. Los más ancianos del lugar todavía recuerdan cuando ese barrio era una pedanía de unas cuantas casas, situadas al otro lado del río Sagro y rodeadas de huertas. Desde allí, la capital de la provincia quedaba oculta por los árboles de la alameda y solo la torre y el cimborrio de la catedral románica se divisaban en la distancia. Al río solían acudir los pescadores a por truchas y, al comienzo del otoño, algunos locos para bañarse en el círculo de las doce lunas, un extraño fenómeno óptico por el que la primera luna llena de octubre multiplicaba su reflejo en un remanso del río, formando un anillo mágico de doce brillos sobre el agua. Se decía que todo aquel que se bañaba en la presa esa noche perdía el miedo, encontraba el amor y cumplía sus sueños.

Sin embargo, poco a poco, como una mancha de chapapote, la ciudad se fue expandiendo y devoró todo lo que encontró a su paso. Hasta que se topó con el Sagro, que, heroicamente, durante un tiempo, consiguió frenar el avance de la urbe, poniendo a salvo las huertas, las truchas y la independencia de los vecinos de la otra orilla. Más tarde, por suerte o por desgracia, el asfalto logró saltar su cauce y pobló aquella pedanía convirtiéndola en una parte de la ciudad.

Eso sí, el Trasagro nunca fue un barrio más. Siempre conservó la dignidad del que se sabe auténtico, encontrando en el trazado irregular de sus calles y en el peculiar temperamento de sus habitantes su mejor seña de identidad.

La principal vía de este barrio, como no podía ser de otra manera, tomó el nombre de la calle de las Doce Lunas. En ella se integraron aquellas primeras casas de la pedanía. A partir de su trazado, como las ramas de un árbol, el barrio fue creciendo alternando casas individuales con edificios bajos, de no más de cuatro o cinco pisos, desde los que se ve, al oeste, el Cementerio Viejo encaramado en lo alto del Monte del Reposo.

Hoy en día, la calle de las Doce Lunas, en su tramo más septentrional, discurre paralela al río. Más adelante, gira levemente y se separa de él para, en su extremo sur, marcar la última frontera de la ciudad, más allá de la cual se suceden descampados y desmontes.

En la parte que es paralela al Sagro, es una calle no muy ancha que, en un par de ocasiones, se abre para hacer hueco a una plazoleta y a un parque del que niños, jubilados y bandadas de palomas compiten por adueñarse. En este tramo es donde, a primera hora, siempre huele a pan recién hecho, no importa el día que sea.

A medida que desciende hacia el sur y se separa del río, la calle se ensancha y se puebla con el olor de los geranios que decoran ventanas y terrazas. También con el trinar incesante de una pareja de canarios cuya jaula cuelga de un coque-to balcón. A partir de este punto, los edificios comienzan a espaciarse y aparecen solares vacíos, donde crecen las malas hierbas y los gatos campan a sus anchas. Es como si la ciudad, perezosa y vieja, se hubiera cansado de crecer y dejara que la invadiera la desidia. Solo el aroma de unas rosas

silvestres parece enfrentarse a esa dejadez. Aso-
man desde el gran jardín de la Casa Roja, que lle-
va más de una década tapiada. Pocos vecinos son
los que se atreven a pasar delante de su puerta.
Únicamente, si tienen que visitar el taller mecá-
nico de Venancio, que está al final de la calle, lo
hacen. Entonces, se cambian de acera, aprietan
el paso o el acelerador del coche. Y solo cuando
perciben el olor a grasa y a combustible del taller,
sienten que están a salvo.

A lo largo de los años, el barrio ha sufrido inun-
daciones por las crecidas del río. La más grave se
produjo hace una década, cuando, debido al esta-
do de abandono del cauce, a la contaminación y a
la deforestación, se produjo una gran avenida que
taponó los ojos del puente del Trasagro, que une la
ciudad con el barrio. El agua y el barro anegaron
la arteria principal, el puente sufrió graves daños
y dejó incomunicada la zona varias semanas. Pero
esas inundaciones muestran siempre el lado más
solidario de sus habitantes y ayudan a forjar su
temperamento peculiar. Hay un dicho popular que
todos conocen y que dice: «Más une el Sagro que la
familia».

Sí, un barrio unido por un río en el que ya pocos se bañan, pues sus aguas ya no son tan limpias como antaño. Pero sus habitantes, y en especial los de la calle de las Doce Lunas, siguen buscando la manera de perder sus miedos, de encontrar el amor o de cumplir sus sueños a la ribera del Sagro. En definitiva, habitan esa calle en el intento perpetuo de comprender la vida.

Rumbo sur-suroeste

- 14 Fue en el preciso momento en que su padre, Enrique, entró y anunció, casi sin separar los labios, que acababan de despedirle cuando Gonzalo decidió que pasaría el menor tiempo posible en casa.

Desde ese día hizo de la azotea del edificio su reino, como otros chavales de su edad pretendían hacerlo con su calle o incluso con el barrio entero. La azotea era suya, eso se dijo.

Pero pronto, antes de lo que había imaginado, accedió a compartirla.

Como le sacaba una cabeza y varios kilos de peso, Vicen parecía mayor que Gonzalo, pero no lo era. Habían nacido el mismo día del mismo mes del mismo año, y habían ido a coincidir en el mismo edificio, en el número quince de la calle de las Doce Lunas; Vicen en el penúltimo piso, el cuarto, y Gonzalo en el segundo.

Un día Vicen vio subir a su amigo por las escaleras y le preguntó a dónde iba.

—Ven y lo verás —fue la escueta respuesta.

Todos los vecinos tenían acceso a la azotea, pero pocos subían, quizá porque con el tiempo habían olvidado que existía o que la puerta no se cerraba nunca con llave, o porque pensaban que no había nada digno de ver allí arriba. Solo algunos de ellos aprovechaban unas cuerdas para tender sábanas y manteles. Por eso era un escondite perfecto. Hasta aquel rectángulo desnudo llegaba el claxon de algún conductor impaciente cuando un camión de reparto montaba un atasco, y a veces la risa o el llanto de algún niño pequeño. Y por las tardes, si el viento soplaba del sur, los acordes desafinados de un violín que Gonzalo nunca supo quién tocaba.

A Vicen le gustó el sitio y Gonzalo le dijo que podía subir siempre que quisiera, pero que recordase que había sido él quien lo había descubierto.

—Tranquilo, Cristóbal Colón, que no te lo voy a robar.

La tercera en entrar fue Lara.

Lo hizo un día de sol y viento en el que Gonzalo y Vicen llevaban toda la tarde sentados en un rincón en sombra, dibujando bigotes y perillas puntiagudas a las fotos de una revista que Vicen había cogido de la peluquería de su madre. Oyeron el quejido oxidado de la puerta y buscaron con la mirada al intruso, pero las sábanas, que se hinchaban como velas en alta mar, lo ocultaron durante unos segundos, hasta que por fin descubrieron el rostro moreno de Lara y su melena rizada. Ella no los vio, así que pudieron espiarla durante varios segundos. Llevaba una falda roja que dejaba a la vista unas rodillas delgadas y sucias, y una camisa blanca de botones de cuyas mangas salían dos brazos tan finos que parecían solo hueso y piel.

Vicen le dio con el codo a Gonzalo y se puso en pie. El movimiento hizo que ella los viera al fin, aunque su cara no mostró ningún cambio.

—Eh, tú —dijo Vicen, mientras avanzaba entre las sábanas colgadas. Gonzalo le siguió.

—¿Qué?

—Este sitio es privado. Es nuestro.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo. ¿Verdad que sí, Gonzo?

Este asintió, subrayando el gesto con una mirada que pretendía ser desafiante.

—Vale —dijo ella—. Solo estaba echando un vistazo.

—Ni siquiera eres de este edificio, así que... —empezó a decir Vicen.

—Voy a vivir en el segundo, mi madre y yo acabamos de llegar.

—¿En el segundo? —preguntó Gonzalo—. Ahí vivo yo.

—En el segundo derecha —aclaró la chica.

—La casa del muerto.

Vicen volvió a darle con el codo.

—Escucha, ¿cómo te llamas?

—Lara.

—Pues escucha, Lara, ya que sí que vas a vivir en el edificio, te podemos permitir que subas a la azotea. Pero es nuestra, así que tienes que darnos un beso a cada uno.

Lara le sostuvo la mirada durante diez o doce segundos. Sus ojos eran negros como bolas de carbón.

—Yo no regalo besos a nadie —sentenció. Se dio la vuelta y se marchó.

—¿Cómo se te ocurre decirle eso? —le preguntó Gonzalo a Vicen cuando volvieron al rincón en sombra—. Te has pasado un montón.

—Creía que lo haría. Solo era un beso, tampoco es para tanto. Además, a mí la que me gusta es Jimena.

—Pues esa ya no vuelve por aquí, te lo aseguro.

18

Vicen se encogió de hombros. No había conversación en la que no realizase ese gesto. Encogerse de hombros era su seña de identidad. Como si todo le diera igual.

Pero sí volvió. A la tarde siguiente Lara se presentó en la azotea con las manos a la espalda.

—¿Vienes a darnos un beso? —le lanzó Vicen.

—Ya te dije ayer que no.

—¿Y entonces qué haces aquí?

—He pensado que a lo mejor me dejáis pagar la entrada de otra forma. He traído esto. —Sacó las manos de la espalda y mostró un paquete de galletas cubiertas de chocolate con leche—. Si me dejáis venir siempre que quiera, nos las comemos entre los tres.

—¿Tú qué dices, Gonzo? —preguntó Vicen.